

REVELACIÓN DEL SUBSOLE

Las mujeres en la sociedad minera del carbón 1900-1930

María Consuelo Figueroa Garavagno

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	9
Presentación	11
Agradecimientos	15
INTRODUCCIÓN	17
UNA APROXIMACIÓN AL <i>SUBSOLE</i>	33
<i>Orígenes de la explotación carbonífera</i>	33
<i>El entorno: La ciudad, seguridad y peligro</i>	55
El afuera	55
El adentro	68
EL CONTROL DEL DESCONTROL. 1900-1920	75
EL NUEVO ORDEN Y LA ACCIÓN DE LAS MUJERES. 1920-1930's	103
CONCLUSIONES	141
<i>Fuentes y bibliografía</i>	147

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AGL	Archivo Gobernación de Lautaro
AIC	Archivo de la Intendencia de Concepción
AJLS	Archivo Juan Luis Sanfuentes
AOT	Archivo de la Oficina del Trabajo
c.	<i>circa</i>
comp.	compilador <i>a veces</i> compiladora
comps.	compiladores
coords.	coordinadores
CUT	Central Única de Trabajadores
ed.	editora <i>a veces</i> editor o edición
eds.	editores
ENACAR	Empresa Nacional del Carbón
<i>et al.</i>	y otros
fj.	foja
FOCH	Federación Obrera de Chile
<i>Ibid</i>	<i>Ibidem</i> : allí, en ese mismo lugar
INE	Instituto Nacional de Estadísticas
n.	nota
<i>op. cit.</i>	obra citada
p.	página
pp.	páginas
QEPD	que en paz descanse
v.	viuda
vol.	volumen
vols.	volúmenes

PRESENTACIÓN

A pocos años de cerrarse el siglo xx, nuestra centenaria industria carbonífera debió enfrentar su crisis terminal. Como ya había sucedido antes con las oficinas salitreras, como está sucediendo hoy mismo con el mineral del Salvador, y como ocurre siempre en los ciclos mineros, comunidades enteras constituidas en torno a la explotación de una riqueza subterránea se hundieron ante el agotamiento geológico o la falta de rentabilidad comercial, arrastrando consigo miles de vidas que, pese al sacrificio y la frecuente tragedia, hallaban su sentido precisamente en esa experiencia compartida. Y como el clásico búho de Minerva, la inminencia del ocaso motivó en ellas y ellos, herederas y sobrevivientes de tanta explotación y tantas luchas, una mirada retrospectiva—y justificadamente nostálgica— sobre el mundo que estaban en vías de perder, y sobre una historia personal y colectiva que se hacía más entrañable en la misma medida en que se anunciaba su fin. Sólo entonces, podría decirse, pudo revelarse en plenitud la complejidad, el drama y la riqueza de una historia que habían protagonizado quienes ahora marchaban hacia la capital en defensa de sus fuentes no sólo de supervivencia, sino sobre todo de identidad.

Aun, sin ser parte directa de esa historia y esa identidad, Consuelo Figueroa respondió a ese mismo impulso de reconocimiento y rescate histórico para emprender la investigación que ahora cobra forma impresa, y se pone a disposición de quienes quieran asomarse al legado que nos dejaron las mujeres y los hombres del carbón. A diferencia de otros estudios centrados en la historia del carbón, quienes cobran protagonismo en este libro no son los mineros propiamente tales, sino las mujeres que, desde los espacios que la autora denomina del “subsole” (parafraseando a Baldomero Lillo), aportaron a la construcción de las relaciones sociales y comunitarias que dieron forma a la identidad carbonífera. Procurando saldar una deuda historiográfica que en las circunstancias señaladas cobraba particular dramatismo, se sumergió así en un ejercicio cuyos resultados finales se presentan en el libro que se me ha hecho el honor de prologar.

En un registro que podría caracterizarse como “clásico”, la obra parte con una presentación estructural de los procesos que dieron forma a lo que la autora denomina “la sociedad minera del carbón” durante la segunda mitad del siglo xix, deteniéndose no sólo en los espacios laborales o productivos sino incorporando, también—y allí radica una de las grandes novedades de este trabajo—, aquellos espacios extralaborales o privados donde se desenvolvían las vidas que ella ha elegido relevar. Desde allí avanza hacia un análisis pro-

piamente histórico, con mucha sensibilidad hacia la interacción de los sujetos y hacia los cambios experimentados por el mundo carbonífero durante las tres primeras décadas del siglo xx, período que ella demuestra categóricamente haber sido de grandes definiciones para la naturaleza de las relaciones sociales y de género que habrían de constituirse en distintivas de la zona del carbón. Finalmente, concluye con interesantes y muy bien elaboradas reflexiones (o desafíos) sobre la todavía mayoritariamente desatendida presencia femenina en las comunidades mineras, y en la literatura histórica en general.

A través de ese periplo analítico, caracterizado por un gran soporte documental y una redacción fluida y profunda, Consuelo Figueroa logra sumergirnos en la textura de una comunidad minera que ya ha sido objeto de otros estudios, pero nunca desde el ángulo que ella ha decidido privilegiar. Porque el gran mérito de esta obra consiste en abordar una realidad social normalmente identificada con lo masculino, lo subterráneo, lo económico-laboral o lo político-reivindicativo, con el propósito de extraer desde la “invisibilidad historiográfica” (porque queda muy en claro que en ningún caso puede hablarse de “invisibilidad histórica”) a la otra mitad de sus componentes: las mujeres que poblaron el “subsole” que también formaba parte, junto con el más reconocido “subterra”, de la realidad carbonífera, y que también configuraron los procesos históricos que atravesaron a esa convulsionada sociedad. En ese sentido, el libro demuestra ampliamente que las mujeres del carbón no fueron ajenas a la dinámica que tensionó a los actores más conocidos de ese drama, los trabajadores y las empresas, y que sus acciones y las decisiones que respecto de ellas se adoptaron también contribuyeron a estructurar esa tan característica cultura carbonífera enfrentada hoy a su extinción.

La presentación y discusión de esos procesos devela algunas realidades que para algunos lectores resultarán tal vez sorprendentes, tales como el carácter construido (y construido en forma bastante tardía, y con propósitos muy transparentes de control social) de los atributos de maternidad y domesticidad que comúnmente se atribuyen a una supuesta “naturaleza” femenina, y que en las comunidades mineras suelen cobrar particular nitidez. O las contradicciones que desde muy temprano tensionaron las posturas socialmente “revolucionarias” compartidas por los hombres y las mujeres del carbón con el persistente desequilibrio, defendido con fuerza por sus propios compañeros de vida y de lucha, en lo relativo a las relaciones de género. O la ambivalencia que atraviesa la rica sociabilidad construida por las mujeres en los espacios que la nueva distribución de papeles les permitió ocupar, pabellones, lavaderos, hornos y “quincenas”. Aunque éstos normalmente tendían a reforzar la subordinación femenina, a la vez se convirtieron en herramientas de poder y autoafirmación que no dejan de evocar cierta nostalgia cuando la transformación del entorno doméstico o la crisis de la industria carbonífera los hacen desaparecer. En suma: situaciones complejas y difíciles de encasillar en categorías nítidas de blanco y negro, cuyo rescate hace justicia no sólo a la realidad misma que se

estudia, sino sobre todo a la sutileza de la autora para percibirla, conocerla y dibujarla en todos sus matices.

De esta forma, combinando diestramente los enfoques de la historia social con las categorías analíticas aportadas por la historia de las relaciones de género; articulando empáticamente un propósito de rescate historiográfico con el mínimo de distancia crítica que impone una realidad a menudo ambivalente y contradictoria; resucitando protagonismos que precisamente por lo poco conocidos merecen ser resaltados, Consuelo Figueroa pone ante nuestros ojos una dimensión olvidada de la historia del carbón, demostrando que ella fue, como toda historia que involucra a seres humanos, una historia tan femenina como masculina, y que nunca la entenderemos bien mientras no tengamos presente esa coparticipación. Con ello no sólo se hace justicia a protagonistas largamente descuidadas sino que se completa un cuadro histórico que, precisamente ahora que comienza a diluirse en el horizonte, merece ser conocido en toda su profunda humanidad. Un más que digno homenaje para las sufridas y recordadas mujeres del carbón.

JULIO PINTO VALLEJOS
Agosto, 2009

AGRADECIMIENTOS

El libro que a continuación se presenta es el resultado de un largo trabajo de investigación desarrollado en los últimos años de la década de 1990, y que correspondió a mi tesis de maestría realizada en la Universidad de Santiago de Chile.

En ese recorrido fueron muchos los que me acompañaron y de quienes estoy profundamente agradecida. En primer lugar, a mi profesor guía, Luis Ortega, quien, sin descuidar el cariño ni la rigurosidad, estuvo siempre presente con sus consejos y constante apoyo durante todo el período que duró esta investigación. A Claudio Barrientos por sus asertivos comentarios y sugerencias, pero principalmente por su tan valiosa amistad. A mis amigos del Museo Histórico Nacional, Juan Manuel Martínez, Isabel Alvarado y Fanny Espinoza con quienes compartí largos momentos mientras dividía el, muchas veces, escaso tiempo entre las visitas guiadas y la escritura de la tesis. A mis amigas Diana Veneros, Leyla Flores, Maritza Carrasco y Marcela González con quienes iniciamos nuestras primeras incursiones en la Historia y en los estudios de género, y con quienes fuimos tejiendo una hermosa y férrea amistad. A quienes fueron, en ese entonces mis profesores, muchos de ellos, mis actuales amigos: Sofía Correa, Alfredo Jocelyn-Holt, Gabriel Salazar y Julio Pinto. En especial a Julio quien, con mucha generosidad, leyó, en su muy escaso tiempo, el manuscrito y escribió el prólogo de este libro. Debo mi reconocimiento también a Marcelo Rojas Vásquez quien, con mucha paciencia y gran dedicación, corrigió la redacción y presentación de este texto.

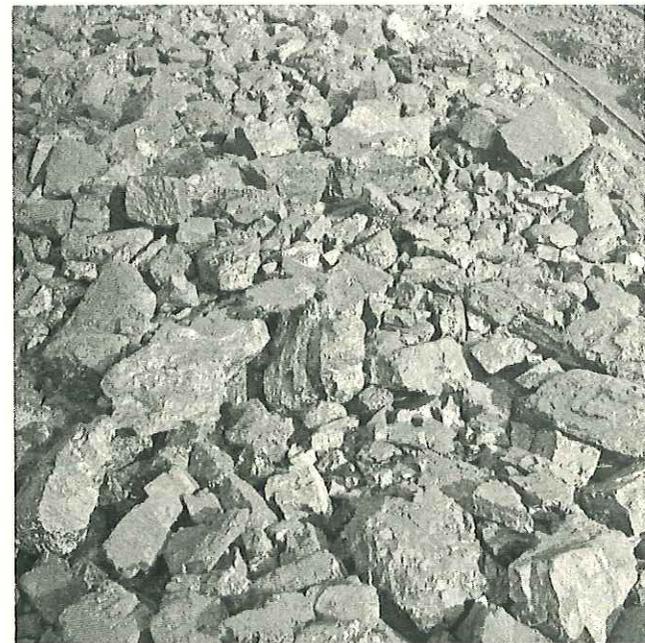
Tal vez quien más presente estuvo en el desarrollo de esta investigación es mi querido amigo Luis Moulián. Nuestras largas conversaciones en el café de la “señora Juanita” fueron las que dieron, finalmente, cuerpo a este estudio. Vaya para ti, Lucho, el resultado, bueno o malo, de este trabajo.

Por último, a quienes estuvieron y siguen estando muy cerca, en particular, a mi familia y mis amigos Quena Flores, Juan Carlos Cerda, Jeannette Danty y Paz Martínez. No puedo dejar de mencionar, también, el apoyo recibido por la Universidad Diego Portales y el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, que hicieron posible que esta publicación llegara a su fin.

INTRODUCCIÓN

El *subsole* carbonífero es un espacio atiborrado de sujetos, personajes, mitos e historias que, entrelazados con aquéllos provenientes de las profundidades de la tierra, fueron dando lugar a una sociedad con características específicas y propias como es la sociedad del carbón.

Los pabellones, las calles enterradas o anegadas, el humo negro y el permanente carboncillo suspendido en el aire o adherido a los cuerpos, las ropas y las habitaciones, ofrecieron el entorno. Allí se escucharon a diario los pasos de los mineros que, temprano en la mañana y al terminar el día, según los turnos de trabajo, transitaban desde sus hogares hacia los lugares de laboreo y luego nuevamente hacia sus viviendas. Se podía oír también, a momentos en forma frecuente, los gritos revolucionarios de las marchas de los trabajadores, el jolgorio desbordante en los días de pago incentivados por el alcohol y el canto de hombres y mujeres, así como también las celebraciones de festividades en que la comunidad se reunía para conmemorar algunas fechas emblemáticas.



Acopio de mineral, Lota. Fotografía de Marcos Chamudes R. c. 1950.
Archivo Fotográfico. Museo Histórico Nacional

Junto a ello se escuchó, más de una vez, el quejido de los heridos en las riñas callejeras, las balas de la policía contra grupos de huelguistas, y los oradores estimulando a las masas para participar de sus organizaciones.

Pero éstos no fueron los únicos sonidos. Prestando mayor atención se podía escuchar con bastante nitidez las voces de niños, mujeres y ancianos que se mezclaban con los anteriores en una gran polifonía armónica. Al contrario del *subterra*, donde primaba el canto monódico de los mineros, en el *subsole* las líneas vocales eran múltiples, enriqueciendo y embelleciendo el sonido final¹. Éste era un espacio de encuentro, interacción y convivencia permanente. Las mujeres se hacían oír en las calles, pabellones, lavaderos, hornos, baños y quincenas, entremezclándose, en algunas ocasiones, con las voces provenientes desde el interior de las minas, en las movilizaciones, marchas y discursos en los momentos de crisis, huelgas o celebraciones. La invitación es, entonces, a detenernos en aquellas voces –las de las mujeres– que han solido ser encubiertas por el sonido del coro mayor –los mineros–, tratando de identificar sus matices, tonalidades y musicalización propias.

El estudio de la sociedad minera carbonífera reviste, en la actualidad, una enorme importancia dada la crisis terminal por la que ha atravesado en el último tiempo. Hoy, estamos frente a la progresiva desaparición de la actividad minera extractiva en la zona de Arauco, la que representa no sólo un cambio en el ámbito económico y las tradicionales labores realizadas en la región sino, y principalmente, una transformación en las relaciones sociales, de poder y autopercepción de sus habitantes. En efecto, el cierre de las labores mineras ha significado la expulsión de los trabajadores hacia el mundo exterior, hasta ese momento transitado por éstos en forma esporádica. La cesantía y los problemas económicos son sólo una faceta de este cambio. La permanencia de los hombres en los espacios del *subsole* ha desestructurado el ordenamiento social, ya que ingresaron a un mundo que ha sido históricamente ocupado por otros sujetos –en su mayoría, mujeres y niños– trastocando las relaciones genéricas allí establecidas.

La segunda mitad del siglo xx ha sido testigo del colapso final de esta industria en el golfo de Arauco, la que devino de una profunda agonía que ha experimentado desde su primera gran crisis, luego de que hubiera tenido una etapa de crecimiento sostenido entre los años 1895 y 1917². Los factores que la provocaron se han ido agudizando con el tiempo, y se relacionan con los

¹ El uso de los términos *subsole* y *subterra* es un reconocimiento a la obra de Baldomero Lillo, quien dejó impreso en sus textos homónimos las experiencias de vida propias y de todos aquellos lotinos de principios del siglo xx. Si bien, es en *Subterra* donde plasma, con desgarró y hermosa pluma, lo que acontecía en las profundidades de la tierra, hemos utilizado, a modo de metáfora, el término *subsole* para referirnos a ese otro mundo que circunda el del trabajo minero, pero que sucede en el exterior de los chiflones y piques del carbón.

² Véase el trabajo de Luis Ortega, “La primera crisis del carbón en Chile. Mercados y tecnología a comienzos del siglo xx”, *passim*.

problemas propios de la extracción del mineral, los que provienen de la mayor distancia y profundidad de los frentes donde se extrae el carbón, generando alzas en los costos de producción y deterioro de la calidad del mineral. Estos factores, aunados a la creciente competencia de otras fuentes energéticas y de combustibles como el petróleo y la electricidad, han terminado por afectar la producción carbonífera nacional y el desarrollo de una cultura obrera en la región. Sin embargo, esta situación no fue percibida en sus inicios, introduciéndose un velo optimista gracias al éxito económico sostenido por casi medio siglo. Es lo que expresaba, hacia fines de la década de 1910, Tancredo Pinochet Le Brun

“...tenemos minas inagotables de carbón, minas, literalmente inagotables, de carbón que rivaliza y va a superar, cuando se exploten nuevos yacimientos, con los carbones de Australia y Norte América. Y como si la provincia de Arauco, el Tarapacá chileno, fuera chica, nuestros mantos carboníferos se pierden en el mar. Allí bajo nuestro mar, después de haber recorrido kilómetros entre apires chilenos que llevan una llama en la frente, late nuestro corazón con orgullo al ver que somos dueños, aún bajo del mar que tranquilo nos baña, de riquezas inagotables, llamadas a desparramar el abrigo, el confort y la alegría en los hogares de todo Chile”³.

Esta percepción de riqueza ilimitada pronto se vería opacada por el estancamiento productivo y económico de las minas. La pérdida de importancia del carbón como factor energético ante la irrupción del petróleo en el mercado mundial, el agotamiento de las vetas y las desventajas cualitativas del mineral frente a la competencia extranjera, terminaron por disminuir cada vez más la actividad extractiva, llevando a algunos a afirmar que “en ninguna otra región del país el deterioro social ha sido más rudo que en la comuna de Lota”⁴. Ante la gravedad de la última crisis, el gobierno de Patricio Aylwin (1990-1994) ideó un plan de restablecimiento de la actividad económica en la zona. El plan consistía en disminuir el número de operarios contratados por la ENACAR e impartir cursos de aprendizaje de oficios que permitieran ocupar a la población cesante en otro tipo de actividades. Sin embargo, el proyecto, conocido como “Plan de Reversión Productiva de la Zona Carbonífera”, no ha alcanzado los logros programados. Si bien, no es el objetivo de esta investigación indagar

³ Tancredo Pinochet Le Brun *Oligarquía y democracia*, p. 46. También es importante notar la profusión de artículos relacionados con la extracción carbonífera, los adelantos tecnológicos que habían ido apareciendo en el mercado industrial asociados a esa producción y las comparaciones respecto de otros países en cuanto a las leyes de este mineral, publicados en el *Boletín de la Inspección de Geografía y Minas*. En la mayoría de sus números incluye algún informe o artículo relacionado con la importancia del desarrollo del carbón nacional.

⁴ David Vásquez y Lionel Zúñiga *Producción y recolección marginal de carbón. Diagnóstico de las comunas mineras de Coronel y Lota*, p. 21.

en los problemas de su implementación, es evidente que una de las piedras de tope ha sido el arraigo histórico cultural basado en la actividad minera y lo que ello conlleva en términos de estructuración social. Se ha llegado a afirmar que: "el proyecto choca contra barreras culturales difíciles de sortear", aludiendo a la importancia que ha adquirido la actividad laboral en la conformación de la identidad de los trabajadores mineros⁵.

El impacto social que este hecho ha provocado concitó, durante la década de 1990, la atención de toda la opinión pública, transformándose en un conflicto de alcance mayor que el término de una actividad económica específica. La creciente movilización social de la comunidad en los últimos años del siglo XX puso de relieve, por una parte, la urgencia de dar solución a una situación económicamente miserable de la población y, por otra, significó el aumento de la demanda por perpetuar una cultura de más de un siglo de existencia. Es la opinión del sociólogo Eduardo Valenzuela, quien señalaba:

"Para mí, Lota significa poco en términos económicos. Su impacto es marginal en ese terreno, pero tiene una importancia tal vez simbólica en el sentido de constituir los últimos restos de cultura propiamente obrera.

Lota es el último bastión que quedaba de esa cultura. Una forma de vida que se construyó especialmente en torno a los enclaves mineros del salitre y el carbón y a ciertos núcleos industriales, como las fábricas textiles.

Esa cultura obrera está desapareciendo. En el mundo actual, naturalmente siguen existiendo obreros, pero ya no están inmersos en esa cultura. El obrero moderno, el que habita en la ciudad, incluso el del cobre, es completamente distinto.

[En Lota] se trabaja no sólo con el compañero, sino con el pariente, el vecino, el amigo. Esa es la dificultad de Lota: que el problema no es sólo laboral. En torno al trabajo se estructuran todas las dimensiones de la vida de la persona"⁶.

Las demandas levantadas por el movimiento carbonífero incorporaron, con fuerza, el elemento emotivo que apelaba a la sobrevivencia de un mundo en extinción. Ciertamente, ello pone de manifiesto el arraigo de prácticas sociales que no se compadecen con la implementación de las nuevas estructuras económicas.

Tal vez, la movilización que mayor impacto ha causado, ha sido la que se llevó a cabo en el invierno de 1996, en la que la comunidad en su conjunto

⁵ El análisis continúa señalando: "Por lo demás otros proyectos que implican la asociación con capitales privados para diversificar las operaciones actuales hacia el sector forestal, más el actual de reconversión, parecen ser de mediano plazo, transitorios, y que no solucionan el problema de fondo, sólo lo mantienen en un cierto equilibrio hasta que la situación estalle nuevamente". "Gaceta", año 1, N° 3, suplemento del diario *La Nación*, Santiago, 3 de julio de 1995.

⁶ *El Mercurio*, Santiago, 21 de julio de 1996.

-mineros, esposas e hijos- se desplazó hacia la capital en demanda de soluciones concretas al conflicto, producto del inminente cierre de las minas. La llegada de un centenar de mujeres lotinas a la capital en apoyo a la lucha de sus maridos, padres, hermanos e hijos causó profundo impacto, tanto en la opinión pública como en los organismos estatales responsables de la negociación. Estos últimos trataron, insistente e inútilmente, de impedir el arribo de las esposas e hijos de los mineros a Santiago, pues su presencia transformaría un conflicto laboral entre trabajadores y Estado, en un conflicto social de mayor alcance.

Las señoras Bernarda, Margarita, Ana, Rosa, Selva y muchas otras no se conocían, tal vez se ubicaban de vista, a lo mejor habían intercambiado una palabra. Sin embargo, cada una de ellas, desde su mundo familiar, unas con un claro compromiso político, otras sólo dueñas de casa, sintieron la urgente necesidad de organizarse para hacer frente a un problema común, que traspasaba los límites de la laboralidad de los maridos para ingresar directamente a sus hogares. La determinación de viajar hacia Santiago fue una decisión de las mujeres, incluso, hubo resistencia por parte de los trabajadores, que no querían involucrarlas en un problema que consideraban propio. Sin embargo, tuvieron plena conciencia que los efectos que traería la clausura de la actividad minera les afectaría no sólo a sus maridos sino a ellas, a sus hijos y a la familia.

Las mujeres se organizaron en las afueras del pique Carlos. Contaron con sus propias dirigentas, sus demandas fueron formuladas a la ministra del Servicio Nacional de la Mujer y a la Primera Dama, evitando, e, incluso, ignorando, los organismos gubernamentales involucrados en el conflicto -en particular, la Corporación de Fomento de la Producción-. Junto a esto se ocuparon de los niños, se organizaron para el lavado de ropas y alimentación de los trabajadores, a la vez que demostraron una permanente preocupación por la situación laboral de sus maridos. Además, pusieron especial énfasis en que su movimiento era de orden social y no político, como una manera de justificar su presencia en la capital. Es lo que se desprende de la siguiente nota publicada por el diario *Las Últimas Noticias*.

"Las mujeres de los mineros del carbón, momentos antes de viajar a Lota, criticaron a la Primera Dama, Marta Larraechea de Frei, por calificar su movilización como un conflicto político y negarse a recibirlas.

María Ester Pradenas, Magdalena Garcés, Tamara Concha, Selva Sáez y María Bascur, representantes de las mujeres de Lota, enviaron el 12 de junio pasado una carta a la Primera Dama, en la cual le solicitaron una entrevista para exponerles su situación y la de sus maridos.

Las mujeres se mostraron sorprendidas por la respuesta, debido a que el problema planteado en la misiva no es nada de carácter político o que exceda las atribuciones y derechos que posee cualquier ciudadano o ciudadana de Chile de dirigirse a una *autoridad moral*, como tradicional-

mente –de acuerdo a nuestra idiosincrasia– han sido las primeras damas de la nación.

Consideraron además ‘injusto y arbitrario’ que se haya calificado su carta como ‘un hecho político’. Y recordaron que tanto el Congreso como las instituciones civiles y religiosas del país nunca lo estimaron así. ‘Muy por el contrario, entendieron que el problema es de carácter social, cultural, valórico y moral de un país, y cada cual nos supo dar su respuesta personal y recibimos con dignidad, respeto y cariño’⁷

Interesante resulta la insistencia de las mujeres por desvincularse de lo que concebían como político, ámbito que no les correspondería por su calidad de mujeres, dando cuenta de prácticas arraigadas que no debían transgredir, sin ocasionar el rechazo de la opinión pública, los trabajadores y las instituciones gubernamentales.

En efecto, el desarrollo de esta movilización puso de manifiesto aspectos que traducen comportamientos sociales históricamente arraigados en la zona. Por una parte, la masiva participación de las mujeres en las manifestaciones. Si bien es cierto que los conflictos laborales competen, en esencia, a los trabajadores –en este caso sólo varones– la magnitud de la disposición de cerrar las minas, terminaría por involucrar a los hogares, dada su alta dependencia respecto de esa actividad. De allí que las mujeres se hayan organizado, desde una diversidad de actividades e intereses, en forma autónoma, para dar origen a una movilización propia, anexa al movimiento central. Por otra parte, no deja de llamar la atención que tanto los trabajadores como el Estado hayan reaccionado, sino negativamente, por lo menos en forma aprensiva ante la presencia de las mujeres en un conflicto que consideraban exclusivo de sus intereses. En efecto, el rechazo de algunos mineros a la participación femenina en la movilización y a la ocupación de espacios que consideraban propios –como la toma de decisiones en el ámbito laboral– evidencia su recelo ante la eventual pérdida de protagonismo y autoridad. El Estado, por su lado, vio que la participación femenina y su presencia en la capital tornaban más vulnerable su capacidad de gestión, toda vez que las mujeres y sus hijos ponían en evidencia, ante la opinión pública, aspectos que traspasaban la negociación económica para asentarse en un ámbito mucho más sensible asociado a la constitución básica de la sociedad. De allí, el fuerte temor del gobierno a que ellas llegaran a Santiago toda vez que desplazaban consigo aspectos arquetípicamente relacionados con ámbitos tales como la familia, los hijos y, por ende, con aquéllos relacionados con lo que se suponía era la estabilidad primordial de la sociedad.

⁷ *Las Últimas Noticias*, Santiago, 7 de julio de 1996. En otra noticia acerca de este hecho se señala: “cerca del medio día, una 20 esposas de mineros llegaron hasta el Servicio Nacional de la Mujer (Sernam) con la idea de realizar una toma”.

“Finalmente, las mujeres fueron recibidas personalmente por la ministra Josefina Bilbao, finalizando la movilización pacíficamente”. *La Tercera*, Santiago, 4 de julio de 1996.

Por último, destaca que ellas, pese a las reticencias, participaron de forma masiva en las manifestaciones callejeras junto a los trabajadores y, si bien imprimieron en sus demandas un sello asociado a aspectos tradicionalmente vinculados a los roles femeninos –se abocaron de preferencia a los cuidados domésticos que la propia movilización exigía⁸– también fueron protagonistas en manifestaciones en el ámbito público, igual que los trabajadores. Este aspecto resulta fundamental, toda vez que hicieron primar aquellas actividades reconocidas como propias de “su sexo” –cuidado de hijos, aseo, elaboración de alimentos– como una manera de legitimar su presencia en la capital, a partir de roles social-domésticos, y no de demandas político-económicas.

Si bien hubo un acuerdo negociado entre trabajadores y gobierno, que puso fin a esta movilización, propiciando el regreso de los mineros, sus mujeres e hijos a la zona, el conflicto aún no estaba resuelto. Sin embargo, el análisis de este caso no es más que un pretexto para introducirnos al estudio de los sujetos de interés de esta investigación la que se enmarca en la reconstrucción histórica de las relaciones sociales y, específicamente genéricas, emanadas de la conformación de los enclaves mineros carboníferos, en especial los casos de Lota y Coronel, en las primeras tres décadas del siglo xx. No es, en todo caso, nuestra intención analizar única y exclusivamente la participación de las mujeres en los períodos de crisis laborales, económicas o sociales –no obstante servirnos de ella a modo de introducción– sino pesquisar algunos elementos que permitan construir una explicación interpretativa acerca del origen de la conformación de relaciones intergenéricas tan estables y permanentes en el tiempo.

Al respecto, se propone que la emergencia, hacia mediados del siglo xix, de la actividad productiva carbonífera en la zona de Arauco dentro de un orden capitalista moderno, significó la confluencia de una serie de elementos que concluyeron en la formación de un tipo de sociedad reclusa y estructurada en torno a su propio funcionamiento económico. En este sentido, la ocupación de un espacio de fronteras –concebido en términos territoriales y sociales–, una actividad minera extractiva de carácter eminentemente masculino y una débil presencia estatal suplantada por una gravitante ingerencia de las empresas propietarias, concurrieron en la generación de relaciones sociales, genéricas y de poder marcadas por la clara delimitación de papeles y espacios de acción según los géneros.

Así, las acciones emprendidas por las compañías carboníferas, los trabajadores mineros y las mujeres de la zona, evidenciaron –sobre todo a partir de principios del siglo xx– un constante ajuste en función de la estructuración

⁸ En las asambleas que se llevaron a cabo, en forma periódica en la sede de la CUT –lugar donde se alojaron los mineros, sus mujeres e hijos– hubo una preocupación constante, por parte de las mujeres, para organizar el aseo, la preparación de comidas y el cuidado de los niños. Eran ellas, y no los mineros, las que hacían turno para llevar a cabo estas tareas y luego participar en las protestas. La autora fue observadora participante de estas actividades.

social, en la que, cada uno de ellos ocupó ámbitos de poder enmarcados en los nuevos escenarios de orden social. En este sentido es que se fueron configurando espacios de acción masculinos y femeninos, identificables en términos de imágenes con el *subterra* y *subsole*, en los que se desarrolló un tejido social fuerte en función de los propios intereses de clase y género.

En efecto, a lo largo de estas décadas, junto con la estabilización poblacional en la región, los diferentes actores –compañías mineras, trabajadores y mujeres– fueron adquiriendo espacios de acción y papeles propios, los que se entrelazaron para dar forma a lo que devendría en la sociedad minera carbonífera. En este orden las mujeres, pese a quedar invisibilizadas en los estudios referentes a la zona, representaron papeles fundamentales que no fueron desapercibidos ni por ella ni por sus pares. Al contrario, tanto trabajadores como compañías mineras –generalmente en pugna por intereses sectoriales– concordaron, en forma tácita, respecto del papel que se suponía debieran ocupar las mujeres, el que no debía sino estar recluso a los espacios internos familiares. Por su parte, las mujeres, pese a perpetuar ciertas prácticas transgresoras a este ideario, fueron paulatinamente apropiándose del discurso y de los espacios de acción que éste les otorgaba, adquiriendo, en cambio, un nuevo estatus social, como madres, esposas y dueñas de casa. De esta forma es que, desde una perspectiva relacional, se pretende rescatar el protagonismo ejercido por las mujeres, en una sociedad que, en apariencia, ha sido eminentemente masculina y donde éstas han quedado invisibilizadas bajo un tupido velo que, a lo más, las recoge como sujetos receptores de las decisiones y políticas emergidas de los otros centros de poder; esto es, las compañías mineras y los trabajadores –sus propios padres, hermanos, hijos o esposos–.

Es indudable que las mujeres han estado ausentes de los análisis y estudios históricos abocados a temáticas relativas a la región del carbón, en los que ha primado un enfoque eminentemente androcéntrico⁹. Aunque redundante, es necesario enfatizar que esta ausencia no proviene de su falta de protagonismo, sino, por el contrario, de las miradas e intereses de aquéllos que han reconstituido la historia, para quienes ha tenido más valor temáticas tales como el rescate del desarrollo económico de las empresas carboníferas, el análisis de los orígenes de la explotación minera, la construcción de un movimiento social proletario o la denuncia de las precarias condiciones de vida en las que ha estado envuelta la población.

La bibliografía histórica y general relativa a la zona minera del carbón en Chile no es muy extensa y se ha centrado de preferencia en estos tópicos. Han

⁹ Thomas Klubock, “Hombres y mujeres en El Teniente. La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951” señala que los estudios historiográficos acerca de las sociedades mineras, en general, han puesto énfasis en el proceso de proletarización, en las estrategias estatales y de las compañías para formar una fuerza de trabajo productiva y disciplinada, y las formas de resistencia por parte de los mineros a dichas políticas, adoptando una mirada androcéntrica que ha priorizado la masculinidad frente a la construcción de relaciones de género y al papel que en ellas han representado las mujeres.

sido los análisis que abordan el contexto social, esto es, las condiciones de vida y trabajo de la población minera, en los que las mujeres han alcanzado una presencia más visible a nuestros ojos, no obstante aparecer en ellos en forma claramente tangencial. Sin embargo, destacan algunos trabajos como el de Gregorio Corvalán *El papel de la mujer en la cultura Kuyulche*, en el que, en forma descriptiva y general, entrega interesantes datos acerca de la vida cotidiana de las mujeres a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX, recreando el entorno hostil y violento en el cual estaban inmersas. El autor pone especial énfasis en los modos de socialización que desarrolló el sector femenino a través de las diversiones y su participación en las movilizaciones y huelgas llevadas a cabo en la región.

Por su parte, Alfonso Alcalde en su trabajo *Reportaje al carbón* y Daniel Montecinos en “Los mineros del carbón”, publicado en la colección *Así trabajo yo*, presentan una serie de entrevistas a trabajadores mineros y mujeres de la zona, los que relatan su experiencia de vida en la sociedad carbonífera. Estas publicaciones tienen un importante valor histórico en la medida que son los propios sujetos quienes, con sus palabras y recuerdos, recrean su historia, aportando una visión quizá subjetiva, pero indudablemente auténtica. Las entrevistas estuvieron focalizadas, de manera fundamental, en los hitos huelguísticos más importantes de la zona (1920, 1947 y 1960), dejando entrever las experiencias cotidianas de los habitantes de la región, las relaciones de solidaridad y conflicto, y la excesiva dependencia de la población respecto de las compañías mineras.

Desde una perspectiva general, en relación con la evolución histórica del desarrollo de la sociedad minera carbonífera, atendiendo a criterios especialmente de orden político y social, los autores Enrique Figueroa y Carlos Sandoval ofrecen un análisis que abarca desde los orígenes de la explotación minera hasta la gran huelga de 1960. Su obra *Carbón. Cien años de historia. 1848-1960* ha sido un importantísimo aporte al estudio de la región minera en la medida que recoge la continuidad histórica del desarrollo de esta sociedad. El enfoque, más bien descriptivo, ha servido de base a otros estudios relativos al tema, ofreciendo un ordenamiento cronológico de la historia carbonífera.

Por su parte, los trabajos de Luis Ortega “La frontera carbonífera, 1840-1900”; “El mundo del carbón en el siglo XIX” y “La primera crisis del carbón en Chile. Mercados y tecnología a comienzos del siglo XX”, han significado un importante aporte en torno a la historia social y económica de la zona minera carbonífera en el siglo XIX y principios del siglo XX, entregando interesantes antecedentes que explican su desenvolvimiento en el resto del siglo. La categorización de “sociedad de fronteras” y el estudio de los antecedentes de la crisis de la producción carbonífera en la segunda década del siglo XX, dan importantes luces para el análisis de la evolución de dicha sociedad.

Jorge Marambio en su trabajo *Identidad cultural en la zona del carbón* y Elizabeth Ortíz y María Eliana Vega en su libro *Identidad y cultura minera* abordan la

configuración de una cultura específicamente carbonífera incorporando tópicos tales como el papel del Estado y las empresas, las grandes movilizaciones y las condiciones de vida en la zona.

El artículo de Wilfried Endlicher, "Lota: Desarrollo histórico-genético y división funcional del centro carbonífero", recoge, también, antecedentes históricos de la evolución social y económica de la zona y específicamente de la ciudad de Lota, periodificando los momentos de bonanza y caída de la minería del carbón a partir de la cada vez más creciente competencia nacional e internacional de otros productos energéticos que reemplazaron al carbón en cuanto a combustible, afectando a la funcionalidad geográfica y emplazamiento urbano de la ciudad y, por ende, a sus habitantes.

Desde un punto de vista cultural, con acento particular en las costumbres sociales propias de la cultura minera carbonífera, destacan los trabajos de Gregorio Corvalán "Modo de vida de los mineros del carbón Golfo de Arauco" y de Oreste Plath *Folklore del carbón*, los que a través del relato anecdótico entregan interesantes antecedentes acerca de la conformación de las relaciones generáticas en la zona.

Obras generales en relación con el desarrollo económico minero de la región, importantes para comprender la evolución de la extracción minera en una sociedad que justifica su existencia en ella, son *Minería chilena* de Alexander Sutulov y *Producción y recolección marginal de carbón. Diagnóstico de las comunas mineras de Coronel y Lota* de David Vásquez y Lionel Zúñiga. Este último estudio analiza, específicamente, la situación de los trabajadores informales ocupados en actividades marginales a la minería carbonífera.

Por último, pero no por ello menos importante, las novelas de Baldomero Lillo *Subterra*, Samuel Lillo *Canciones de Arauco*, Juan Marín *Viento negro y Cuentos de viento y agua* y Juan Sánchez *Hijo de las piedras*, ambientadas en las primeras décadas del siglo XX, aportan, a través de un relato novelesco, una visión sobre las formas de vida y sometimiento de la población a un régimen de agudo control por parte de los establecimientos mineros. Si bien es cierto, no son obras de orden histórico propiamente tal, todas ellas –como fieles exponentes de la corriente literaria naturalista, la que pretende describir lo más fielmente posible la realidad social de los sectores más postergados– recrean de forma ficticia el mundo minero a partir de una realidad social determinada, la que nos permite una aproximación bastante cercana a la vida cotidiana en la región del carbón durante las primeras décadas del siglo XX.

De todos modos, las mujeres aparecen, sino ausentes, por lo menos subordinadas a una macrohistoria dependiente de las instituciones empresariales, organizaciones de trabajadores o desarrollo económico-social global de la región. Poco se conoce de sus acciones, actividades y papeles desempeñados. Es necesario, entonces, una mirada relacional que permita visualizar el devenir social tanto de hombres como mujeres dentro de la zona carbonífera, como una manera de aproximarse, de una forma más integradora, al desarrollo his-

tórico de esta sociedad, especialmente en momentos en que se ve amenazada su existencia.

En todo caso, la invisibilidad de las mujeres en los análisis no ha sido privativa de la región carbonífera. Por el contrario, su presencia como sujeto de estudio histórico ha sido escasa y marginal. Sin embargo, en estas últimas décadas ha habido una eclosión de trabajos que se han abocado, desde diferentes perspectivas, al estudio de las mujeres desde la historia¹⁰. La emergencia de estas investigaciones ha coincidido con la ascendente presencia de mujeres que, orgánica o inorgánicamente, han ocupado el ámbito público en función de las necesidades básicas de subsistencia o de la reivindicación de algunos derechos considerados propios, así como del impulso que las corrientes feministas han otorgado a los estudios de género. Las miradas han variado desde enfoques emanados de posturas androcéntricas, hacia otros que se descuelgan de los parámetros tradicionales para incursionar en nuevas categorías que permiten individualizar, desde una orientación relacional, a las mujeres¹¹.

En cuanto a las primeras, han derivado en categorizaciones de mujer victimizada o, *contrario sensu*, descollante por su permanente lucha por la sobrevivencia, tendiendo a rigidizar, en algunos casos, la concepción acerca de este sujeto¹². Es indudable que estos enfoques parten de supuestos valóricos,

¹⁰ Los trabajos que, desde la historiografía, se han abocado al estudio de las mujeres y del género en Chile, se remontan a la década de 1980. Entre los primeros destacan Edda Gaviola, Ximena Jiles, Lorella Lopresti y Claudia Rojas, "Queremos votar en las próximas elecciones": *Historia del movimiento femenino chileno 1913-1952*, y las compilaciones de Lorena Godoy *et al.*, *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile. Siglos XIX y XX* y de Diana Veneros (ed.), *Perfiles revelados: historia de mujeres en Chile, siglos XVIII-XX*. En las décadas siguientes, las publicaciones de artículos y libros, han sido profusas. En lo que respecta a estudios de mujeres y de género dentro de la clase trabajadora, sobresalen los textos de Sergio González, *Hombres y mujeres de la pampa. Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*; Thomas Klubock *Contested Communities. Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Cooper Mine, 1904-1951*; Heidi Tinsman, *Partners in Conflict. The Politics of Gender, Sexuality, and Labor in the Chilean Agrarian Reform, 1950-1973* y Elizabeth Hutchison, *Labores propias de su sexo. Género, políticas y trabajo en Chile urbano. 1900-1930*, entre otros.

¹¹ El estudio sobre las mujeres desde una perspectiva historiográfica ha cobrado gran importancia en las últimas décadas, emergiendo como sujeto de análisis desde temáticas tan diversas como las investigaciones acerca de "mujeres notables", esto es, aquellas destacadas en papeles desempeñados tradicionalmente por hombres y, por ende, poco representativas del segmento femenino, las "biografías", centradas en mujeres individualizadas y separadas del conjunto global, y las investigaciones en torno a temas comúnmente relacionados con las mujeres, como la educación, la literatura y de forma más evidente el sufragio femenino. Los debates, fuertemente influenciados por corrientes feministas que han buscado revalorizar la presencia de las mujeres, así como explicar y desarmar la subyugación de la que han sido presas, han transitado desde la teoría del patriarcado, las explicaciones psicoanalíticas, el uso de la categoría de género y, más recientemente, los debates en torno a la construcción y deconstrucción de los cuerpos. Al respecto, véase Mary Nash, "Nuevas dimensiones en la historia de la mujer"; Joan Scott, "El género: una categoría útil para el análisis histórico" y Teresita De Barbieri, "Sobre la categoría de género. Una introducción teórico-metodológica", entre otros.

¹² Véase el libro de Luis Vitale *La mitad invisible de la historia Latinoamericana. El protagonismo social de la mujer*. Allí, rescata la vida de mujeres protagónicas por sus luchas contra el sistema patriarcal.

negativos o positivos, según la mirada, en función de la relación conflictuada de las mujeres con el sistema imperante, deviniendo en una percepción de víctimas signada, consecuentemente, por su debilidad e incapacidad para rebelarse contra las opresiones que sobre ella recaen o, bien, concepciones de mujeres altamente conscientes de su papel histórico determinado por una contienda permanente contra el sistema patriarcal que se yergue sobre ellas. En uno y otro caso –conscientes y liberadas, o sumisas y oprimidas– quedan estereotipadas dentro de modelos rígidos y estáticos que limitan una comprensión más cabal de la complejidad del mundo femenino y, al mismo tiempo, del masculino. Es necesario señalar, de todos modos, que aproximaciones de esta índole han sido fundamentales, ya que han ido develando la existencia histórica de las mujeres como sujetos protagónicos, evocando en la discusión académica sus nombres, actividades, ámbitos de acción e, incluso, relaciones con otros sujetos o fuerzas de poder, transformándose en un aliciente para las posteriores investigaciones sobre el tema¹³.

El estudio que presentamos intenta ser un aporte más a la discusión teórica e historiográfica en torno a miradas que aborden el análisis de los sujetos –hombres y mujeres– en sociedades mineras, fronterizas y aparentemente masculinizadas. Para estos efectos, hemos tomado como marco referencial el enfoque de género planteado por Joan Scott, hasta hoy una de las más influyentes miradas en este tipo de análisis. La autora define la categoría de género como “un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que se perciben entre los sexos”¹⁴, resituando el análisis de lo femenino y lo masculino, en una trama compleja de relaciones que varían según circunstancias sociales e históricas. Desde esta perspectiva, los estudios de las mujeres comenzaron a abandonar las miradas esencialistas que entendían la distinción de los sexos según determinantes biológicos, para entenderla como un constructo de carácter social y cultural. La autora identifica también el concepto de género como “una manera primaria de significar las relaciones de poder”¹⁵, lo que devela las múltiples conexiones de interacción humana en sus distintos niveles –esto es, la familia, los órdenes simbólicos, los sistemas políticos, económicos o educacionales, entre otros– que inciden en la configuración de los géneros. Es en función de ello que este estudio evoca no sólo las acciones de las mujeres sino que su interconexión con otros campos de fuerza social, como el ámbito organizacional –femenino y masculino–, las políticas provenientes de las compañías mineras, la ocupación de espacios delimitados por los roles sexuales y la configuración discursiva en torno a la significación del ser mujer.

Al respecto, Hannah Arendt postula: “todas las actividades humanas están condicionadas por el hecho de que los hombres viven juntos”, distinguiendo,

¹³ Vitale, *op. cit.*; Felicitas Klimpel *La mujer chilena: el aporte femenino al progreso de Chile, 1910-1960*.

¹⁴ Scott “El género...”, *op. cit.*

¹⁵ *Ibid.*

para estos efectos, tres ámbitos de acción en el mundo moderno: la esfera privada, la pública y la social, no obstante que las dos primeras se desdibujan paulatinamente en función de la tercera¹⁶. La estructuración de la sociedad carbonífera centrada en las necesidades y exigencias de la propia vida para el mantenimiento individual –cometido esencial de la esfera privada– en el que necesariamente debían concurrir hombres y mujeres, devino en la participación conjunta, aunque distintiva en cuanto a roles y espacios asignados, en el marco de la esfera social, llevando sus demandas de sobrevivencia hacia los espacios públicos. En este sentido, hombres y mujeres tuvieron un desenvolvimiento integrado en el devenir histórico regional, participando desde los ámbitos espaciales distintivos en la consecución de sus necesidades.

La distribución de los espacios según los géneros ha sido un elemento fundamental en la conformación de esta sociedad, internalizándose de forma más bien drástica la separación entre el adentro y el afuera, o más específicamente –para el caso carbonífero– el arriba y el abajo. Desde esta perspectiva, los espacios, más que escenarios estáticos que circundan la historia, serán entendidos como construcciones sociales, investidas de significados, que son experimentadas de forma diferente según los distintos actores históricos que los ocupan¹⁷. Marcela Lagarde alude a esta distinción argumentando que los mundos privado y público –o interior y exterior– se han construido en función de las diferencias propias de los géneros que traspasan la estructuración social, cultural y evidentemente espacial de la humanidad¹⁸. Dentro de este ordenamiento a las mujeres –desde la implantación de la estructura económica capitalista moderna– les ha correspondido el adentro, identificado con la casa; en tanto que a los hombres, el afuera, asociado con el mundo laboral y público.

En lo que a la sociedad carbonífera respecta, si bien el espacio femenino se ha identificado con ese adentro, las condiciones específicas de la región, la conformación de los poblados y las actividades derivadas de la minería, lo han abierto hacia espacios externos al hogar –los lavaderos, las quincenas, los baños públicos y los hornos comunes– los que les han permitido apropiarse de un territorio intermedio marcado por las labores domésticas femeninas de carácter colectivo-comunitario. Así, el interior femenino limitado por el hogar,

¹⁶ Hannah Arendt *La condición humana*, p. 37.

¹⁷ En las últimas décadas ha habido una abundante producción de textos y debates en torno a la construcción de los espacios, proveniente, fundamentalmente, de geógrafos y feministas, quienes han puesto en duda la neutralidad y objetividad de los lugares, territorios y geografías. Uno de los textos más relevantes en lo que se refiere a la desarticulación de los espacios como escenarios de realidad incuestionable, ha sido *The Production of Space*, de Henry Lefebvre. Sin embargo, pese al reconocimiento que ha tenido esta obra, muchas feministas han criticado la ausencia de un análisis que involucre al género como categoría central, toda vez que, si bien los espacios se construyen a partir de relaciones de producción, propiedad y explotación, es innegable que el género ha representado un papel determinante en la significación y experiencialidad de los espacios. Véase Doreen Massey *Space, Place and Gender* y Linda McDowell *Género, identidad y lugar*.

¹⁸ Marcela Lagarde *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, p. 335.

no se habría restringido única y exclusivamente a la casa, sino que se ha extendido hacia espacios de encuentro obligado con otras mujeres, emergiendo de allí un tipo de sociabilidad propiamente femenina.

Esta idea del espacio, como una construcción genérica, está lejos de aquellas concepciones que entendían la división territorial como compartimentos estancos, según los cuales lo femenino correspondía, de manera indefectible, a lo interior y privado, en tanto que lo masculino a lo público-externo. De acuerdo con estas miradas, las estructuras de poder, sociales y culturales, habrían remitido a las mujeres a los espacios domésticos, silenciando su presencia y protagonismo como actores históricos. Desde esta perspectiva, la identificación de las mujeres con la casa, las habría confinado a un

“espacio de la imposibilidad de emancipación, del abuso y de la satisfacción alternativamente [...] y puesto que el cuidado de la casa se consideraba adaptado a las capacidades ‘naturales’ de la mujer y carecía de recompensa económica, se devaluó y quedó al margen de toda teorización”¹⁹.

Por el contrario, la propuesta que aquí se hace, concibe los espacios como lugares de construcción de identidad, signados por la presencia de conflictos, solidaridades y el establecimiento de autopercepciones y relaciones de poder que se constituyen en el encuentro. Sin desconocer la desvalorización con la que históricamente se ha visto lo doméstico, planteamos que, para el caso de las mujeres de la zona minera del carbón, esa misma domesticidad derivó en la generación de ámbitos de poder propios, que se prolongaron –en ciertas ocasiones– hacia los macroespacios públicos, fundados en la legitimidad que les otorgaba el desempeño de los roles femeninos tradicionales.

Al respecto, Temma Kaplan elaboró la categoría de *conciencia femenina* identificada con la configuración de papeles específicos en función de la división sexual del trabajo y, por ende, en este caso, la conformación de espacios de acción y poder claramente delimitados (interno/externo, arriba/abajo de la mina). De este modo, *conciencia femenina* correspondería al “reconocimiento de lo que una clase particular, cultura y período histórico espera de las mujeres”²⁰ otorgándoles –en función de la aceptación que ellas hacen de esta conciencia– fuerza y justificación para sus acciones. La distinción emanaría de la división del trabajo por sexos “que asigna a las mujeres la responsabilidad de conservar la vida... las mujeres con conciencia femenina exigen los derechos que sus obligaciones llevan consigo”²¹.

De modo consecuente, cualquier agresión externa que obstruya la posibilidad de llevar a cabo estas exigencias, devendrá en un movimiento que propenda a la supervivencia y conservación de la vida, involucrándose en

¹⁹ McDowell, *op. cit.*, p. 114.

²⁰ Temma Kaplan, “Conciencia femenina y acción colectiva. El caso de Barcelona. 1910-1918”.

²¹ *Ibid.*

acciones que traspasan los límites de su cotidianeidad. En este sentido, se propone que la incorporación de las mujeres en las movilizaciones y huelgas, en una sociedad caracterizada por la precariedad de las condiciones de vida y, consecuentemente, de luchas por revertir esta situación, significó, por una parte, la actuación coyuntural de las mujeres en espacios extradomésticos, y por otra, la ratificación y profundización de los papeles que genéricamente, según el ideario del momento, le correspondían. En la configuración de este ideario concurren esfuerzos provenientes de las compañías carboníferas, los trabajadores mineros y las propias mujeres.

Por último, es necesario señalar que este enfoque se enmarca dentro de la historia de mujeres y no en el sentido abstracto de *la mujer*, categoría falaz, ya que no existe un prototipo único y universal de ella, sino, por el contrario, una heterogeneidad de grupos femeninos que varían según condicionantes temporales, económicas, raciales y sociales²². De allí que se haya optado por el estudio del sujeto mujeres dentro de la sociedad minera del carbón, la que presenta características propias de un espacio de frontera social, fuertemente masculinizado en función de la actividad económica, con una gravitante presencia de las compañías propietarias del mineral, una creciente organización de los trabajadores y una protagónica –aunque hasta ahora invisibilizada– actuación femenina en la conformación de la trama social.

Por otra parte, la opción por una investigación historiográfica centrada en las mujeres en el marco de la sociedad carbonífera ha debido sortear el problema de acceso a fuentes y documentos que informen de las acciones y voces de estos sujetos en dicha sociedad. En efecto, si bien existe una cantidad importante de fuentes primarias en torno al desarrollo histórico de la región y los análisis que de ellas se han realizado son altamente valorables, éstos aún son escasos. Además, el que las mujeres se hayan recluido, paulatina y mayoritariamente, a los espacios domésticos las ha ausentado de los estudios y documentos históricos. Es por ello que se ha recurrido a diferentes tipos de fuentes, tanto primarias como secundarias, de manera de, casi a modo de puzzle, reconstruir sus voces y sentires. Para ello se han utilizado, además de las investigaciones ya mencionadas, los periódicos de las compañías y de los trabajadores, correspondientes al período en estudio, algunas recopilaciones de entrevistas a hombres y mujeres de la zona, investigaciones en terreno realizadas por estudiantes de Derecho y Trabajo Social llevadas a cabo en la primera mitad del siglo xx, revistas y boletines institucionales, y archivos de intendencias, gobernaciones y ministerios. En ellos se ha buscado recuperar las voces tanto de las propias mujeres como la de los trabajadores, la admi-

²² Véase Nancy Fraser, “¿Estructuralismo o pragmática? Sobre la teoría del discurso y la política feminista”, aquí señala: “...las identidades sociales son excesivamente complejas. Han sido tejidas a partir de una pluralidad de descripciones diferentes que surgen de prácticas de significación diferente. Por tanto, nadie es simplemente una mujer; somos, por ejemplo, mujer, blanca, judía, de clase media, filósofa, lesbiana, socialista y madre”.

nistración estatal y las compañías mineras en relación con la configuración de las identidades genéricas.

En lo que a marco espacial respecta, hemos optado por delimitar la investigación a las ciudades de Lota y Coronel. Si bien es cierto que la región del carbón es bastante más amplia, ha tenido un desarrollo relativamente homogéneo en su desarrollo histórico, siendo estas ciudades las que aparecen liderando los procesos productivos y sociales. En cuanto a la delimitación temporal, se ha optado por las tres primeras décadas del siglo xx, en el entendido que fue en ese momento que el mundo carbonífero evidenció una estabilización y estructuración más clara en torno a la actividad minera, fijando papeles, actividades y relaciones de género y poder en función del proceso productivo del enclave minero. Fue en este período, también, que se llevó a cabo la denominada Huelga Larga de 1920, la que, dado el impacto social que tuvo en la región, actuó como hito demarcatorio de las políticas y acciones implementadas por los distintos actores involucrados en la zona carbonífera.

El estudio que aquí se presenta se estructura en tres capítulos.

El primero aborda los orígenes y características de la sociedad minera del carbón, desde mediados del siglo xix –cuando se inicia una extracción de tipo capitalista y moderna del mineral– hasta las primeras décadas del siglo xx –momento en que se ha consolidado un tipo de sociedad basada, eminentemente, en su actividad extractiva, y que hemos reconocido como “sociedad de frontera”–. Nutren este estudio el análisis de datos censales e informes sobre el entorno geográfico y social que dieron vida a las ciudades de Lota y Coronel. La categoría de espacio, concebida como constructo histórico-social, será central en el análisis.

El segundo capítulo aborda las políticas, acciones y reacciones de las compañías mineras, los trabajadores y las mujeres en las dos primeras décadas del siglo xx, momento en que se implementó, en función del desarraigo y desorden poblacional –en forma más bien espontánea y reactiva por parte de las empresas explotadoras y las organizaciones de los trabajadores– un discurso estructurador de la sociedad en el que las mujeres estaban llamadas a cumplir un papel limitado por las actividades domésticas. Ellas respondieron en forma variada, perpetuando, por una parte, algunas de las prácticas ahora reprobadas, y, por otra, asumiendo aquellos elementos que abrían espacios de poder propios de lo femenino.

En el tercer capítulo se analizan los cambios producidos a partir de 1920, poniendo énfasis en las continuidades y, sobre todo, en las transformaciones e impulso de las políticas, acciones y discurso ya implementados en el período anterior por parte de los tres actores involucrados. A partir de este momento se percibe una estructuración más conscientemente, dirigida a establecer roles y espacios de acción según los sexos, en el que las mujeres, pese a mantener ciertas actitudes transgresoras –cada vez más marginales– terminaron por sumarse al nuevo orden y a los papeles que les fueron conferidos.